

Sobre el IV Foro Mundial del Agua y el Objetivo de Desarrollo del Milenio de erradicar la pobreza en el mundo

LA COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO EN EL SECTOR AGUA

Juan Manuel Ruiz García

Director del Centro de Estudios Hidrográficos del CEDEX (Ministerio de Medio Ambiente y de Fomento) y presidente del comité español del Programa Hidrológico Internacional de UNESCO.

Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.



La pobreza significa, ante todo, carencia, privación de aquellos bienes necesarios a la vida humana. Quien carece de agua o la toma en malas condiciones de calidad es pobre y por tanto, se encuentra incapacitado para desarrollar sus capacidades, o sencillamente, para sobrevivir.

El objetivo de desarrollo del milenio, acordado en la Cumbre de la Tierra del año 2000, de reducir a la mitad, para el año 2015, las necesidades básicas de agua que existían en el año 1990, no se podrá alcanzar únicamente con la ayuda internacional de los países desarrollados. Si se define la pobreza, como suele ser habitual, por la incapacidad para obtener un ingreso mínimo, se puede estar tentado de seguir profundizando en su carácter calculando lo que se suele llamar la brecha de la pobreza, o el déficit de ingreso que cada pobre posee respecto al umbral de pobreza: cuanto más déficit se posee más pobre se es. La suma de todos los déficits nos indicaría cuál es la necesidad de ingresos que poseen los pobres de un país para dejar de serlo. De ahí que existan muchas voces que nos transmiten el siguiente mensaje: si se consiguiese transferir dinero suficiente para cerrar la brecha atajaríamos el problema de la pobreza en el mundo. La solución consistiría, por tanto, en crear un “flujo de caridad”, de ayuda económica internacional, por el monto de la brecha. Y la cooperación internacional se reduciría, entonces, a encontrar la forma de estimular la aparición de dicho flujo caritativo trayendo recursos económicos de aquellas partidas presupuestarias que menos dolor pudieran provocar en los ciudadanos que las ofrecen.

COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL AGUA

Si este razonamiento peregrino y simple lo trasladáramos a la solución del problema del agua, entendido como carencia de agua potable suficiente para cubrir las necesidades básicas, concluiríamos que el esfuerzo de abastecer adecuadamente de agua a toda la humanidad podría calcularse como el producto del coste unitario de un grifo y el número de personas no conectadas aún al servicio de agua potable. En lugar de intentar entender el problema del agua o



de la pobreza, las actuales políticas de cooperación actúan fundamental e imperiosamente sobre sus consecuencias, sobre los efectos del empobrecimiento, sin atajar sus causas. Pero un grifo no es más que un agujero que para ser útil debe ser conectado a una red debidamente mantenida y abastecida de un agua que proviene de una cuenca hidrográfica donde hay procesos de erosión, actividades humanas, naturaleza, otros

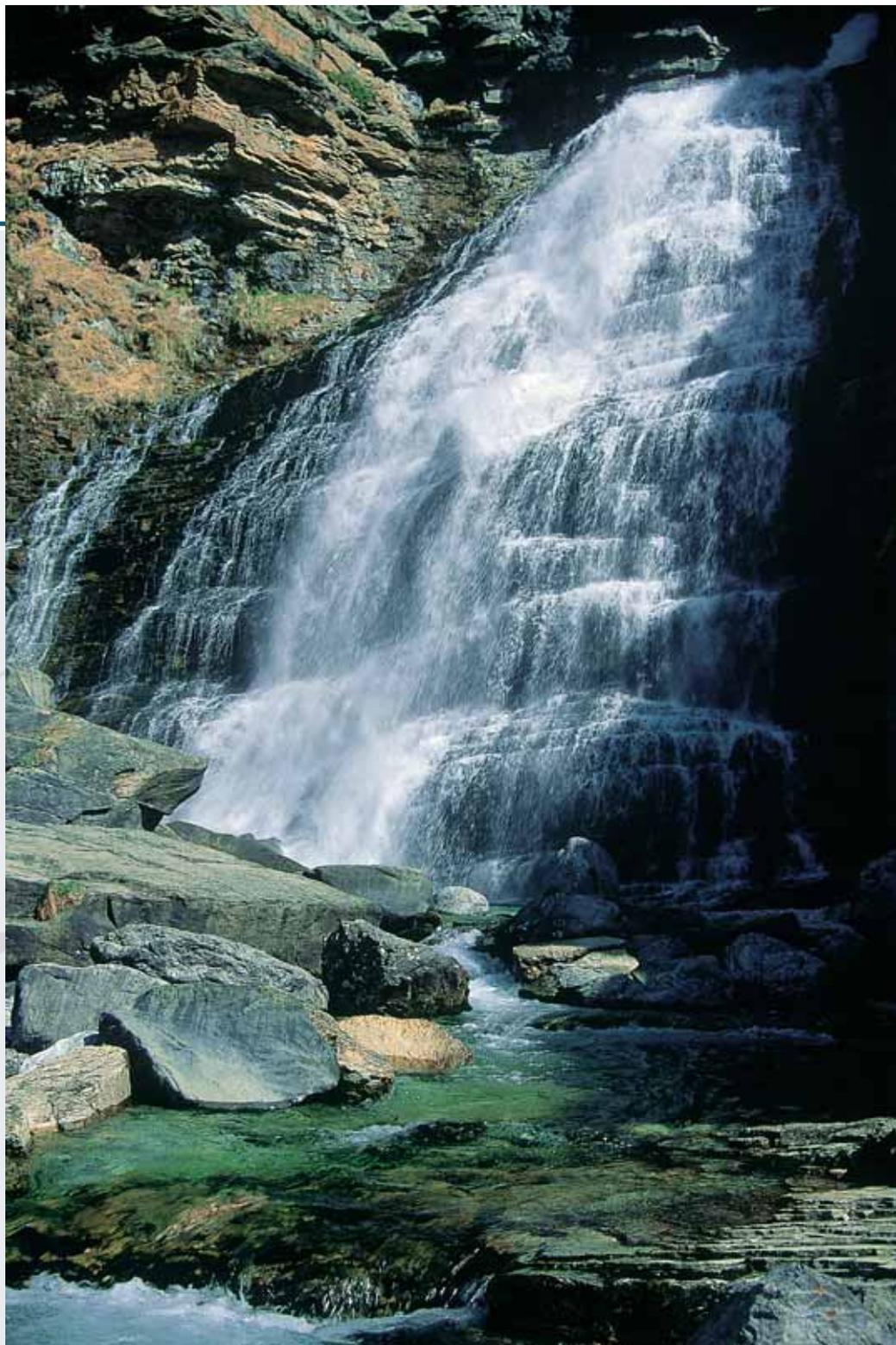
Foto: Roberto Anguila. Naturmedia.

usuarios de las aguas, contaminación, lluvias irregulares, y por tanto, de un sistema natural influido por el ser humano que hay que gestionar para que finalmente el agujero que ha sido colocado en un hogar se convierta en un grifo verdadero por donde sale agua de calidad útil para dar bienestar. Un grifo, por tanto, no sólo es un artilugio que cuesta dinero, sino un sistema institucional, social y económico que funciona para producir agua de calidad. Y la ayuda internacional para comprar grifos no generará ese otro flujo de agua en el grifo de los hogares empobrecidos. Sólo la cooperación internacional entendida como trabajo común, y sobre todo, como reparto de responsabilidades tanto en la mitigación de los efectos de la pobreza como, sobre todo, en la eliminación de las causas que están provocando que millones de personas estén necesitadas de agua.

Habría que preguntarse previamente ¿por qué hay personas que no tienen grifo? ¿Por qué muchas personas teniéndolo no lo utilizan para beber? Incluso ¿por qué, para eliminar su pobreza, tenemos que poner un grifo en sus hogares? ¿Por qué, en suma, carecen de agua cuando otros ciudadanos y actividades la poseen e incluso la contaminan? Por tanto, atajar las causas del empobrecimiento y no tanto sus consecuencias.

AGUA PÚBLICA, AGUA PRIVADA

El acceso al agua resulta vital para la especie humana. El hambre se considera la mayor indignidad en la que puede caer un ser humano, el fondo de la miseria y de la pobreza. No tener agua, o no poder beber agua en buenas condiciones de calidad resulta todavía más grave. Si llegásemos al punto de que hubiera gente que no pudiera respirar, habríamos alcanzado el borde del abismo de la inhumanidad. La lucha por el aire que todavía podemos respirar libremente debería servir para inspirar el conflicto por el agua y el alimento que a muchas personas les han enajenado las dinámicas actuales



de empobrecimiento. La palabra escasez se alía demasiado frecuentemente con el recurso agua, de tal forma que sin apenas notarlo le añadimos siempre inconscientemente aquel epíteto: el agua, bien escaso. Pero el agua puede resultar insuficiente por muchas razones, pero de ninguna de ellas el agua es la culpable. Según la tecnología ha ido posibilitando la apropiación del agua por medio de la progresiva capacidad de extracción, almacenamiento y transferencia, se ha ido

convirtiendo en una realidad la posibilidad de privatizarla, es decir, de convertirla en un bien confinable y regulado, es decir, en una mercancía. Ese afán tan actual de convertir el agua en un bien económico sería el último paso por transformar jurídicamente en mercancía un bien que siempre perteneció a lo público por la dificultad tecnológica de apropiárselo. La escasez del agua discurre pareja con este proceso y resulta consustancial a su apropiación privada por medio de estas

tecnologías. Lejos de ser la mercantilización del agua la solución para eliminar su escasez, su conversión en bien económico significará añadir un factor más de empobrecimiento para muchas personas.

LA IMPRESCINDIBLE COOPERACIÓN

La escasez de agua no es intrínseca a este patrimonio natural, sino que deviene escasa por unas causas que pueden estudiarse y exponerse claramente. Considerar al agua, en esencia, como un recurso escaso y aceptarlo como un acto de fe, nos conduce a afrontar el problema del abastecimiento de agua como un reto tecnológico y un problema de mala gestión entre intereses contrapuestos. Por ejemplo, hasta hace bien poco muchos ríos y acuíferos suministraban agua suficiente para muchas personas. A su vez, las ciudades del tercer mundo han crecido exponencialmente, y la contaminación ha deteriorado gran cantidad de recursos hídricos. Pero aquellas personas que no han emigrado a las ciudades, las que a pesar de todo siguen habitando en las zonas rurales, y sobre todo los indígenas de las áreas naturales, tienen que comprar ahora un grifo para poder beber agua y satisfacer esta

necesidad material que hasta hacía muy poco obtenían gratuitamente. Porque el río o el acuífero ya no lleva suficiente agua o porque está contaminado, ya que alguien la detrayó, y alguien la contaminó. Este proceso de empobrecimiento a través del agua se suele justificar por el crecimiento económico, por el progreso. Pero aceptarlo sin crítica supone comulgar con la rueda de molino del empobrecimiento, y aceptar que sólo con ayuda internacional y no cooperación, se cumplirán los objetivos de desarrollo del milenio: menos pobreza y más agua para los más pobres. Por ello resulta tan importante esclarecer los "flujos de la responsabilidad" y atajar, consecuentemente, las causas del empobrecimiento y de la falta de agua, porque los beneficios y los perjuicios del progreso no se reparten equitativamente entre todos. No se trata de desmotivar a quienes ayudan desinteresadamente, sino de hacer que el esfuerzo por evitar el hambre y la pobreza sea útil realmente. La ayuda económica no corrige el proceso del empobrecimiento y de la falta de agua, porque la ayuda sin más crea dependencia y no ataja las causas de la pobreza. No se produce falta de agua porque no ayudemos lo suficiente, sino porque falta

*Los humedales y manglares juegan un papel importante para el equilibrio ecológico.
Foto: Roberto Anguita. Naturmedia.*



cooperación verdadera entre Estados y ciudadanos, y en muchos casos, por carencia manifiesta de justicia en el reparto del agua y en el uso de ese patrimonio natural.

Pero el discurso que prevalece en las hojas de ruta contra la pobreza es el de "cuánto cuesta" y por tanto, quién va a pagar la factura del grifo, en concreto, qué transferencias de renta entre colectivos humanos deben generarse para eliminar la brecha de la pobreza. En este ámbito la técnica juega un papel muy importante, por su capacidad para transformar el medio. Pero no se olvide que la técnica por sí sola no arregla nada, sino que como demuestra el propio proceso del empobrecimiento puede empeorar la situación. Muchos acuíferos, por ejemplo, están sobreexplotados y esquilmanos porque la tecnología ha permitido extraer agua de profundidades mayores a cada vez menor coste energético. La posibilidad que nos brinda esa tecnología, en sí misma resulta útil para la sociedad en la medida en que incrementa el potencial humano para actuar. Sin embargo, el sistema económico e institucional en el que se utiliza esta tecnología lejos de favorecer el buen uso de los acuíferos y el incremento del bienestar asociado a una mayor capacidad y eficiencia, lo que hace es favorecer la pobreza, es decir, la privación por la desaparición de un recurso. Las reglas de juego de la economía actual provocan que la tecnología sea la que directamente esté destruyendo el mundo que habitamos, y por tanto, la destrucción de los bienes públicos y la extensión de la pobreza, un proceso de empobrecimiento donde unos pocos están acumulando en mercancías los bienes públicos, entre ellos, el agua y los recursos naturales. La tecnología del agua, por tanto, en otro entorno socioeconómico e institucional más apropiado, ayudaría a revertir las dinámicas del empobrecimiento.

DEUDAS QUE ESQUILMAN EL PATRIMONIO NATURAL

Se considera que entre lo que se transfiera como ayuda internacional y lo que los hoy pobres sean capaces de generar, como crecimiento económico, el problema de la pobreza quedaría resuelto. Pero se olvidan demasiado frecuentemente las condiciones del entorno en el que opera el binomio ayuda y crecimiento en coalición contra la pobreza. La mayor parte de los países con población pobre y privada de agua posee una cuantiosa deuda externa que les coarta el desarrollo. Considérese que América Latina, por ejemplo, entre 1982 y 1996 pagó más del doble de lo que debía, y sin embargo, sigue debiendo cada vez más a los países que deberíamos ayudar internacionalmente para el cumplimiento de los objetivos de desarrollo del milenio. No sólo la mayor parte del beneficio derivado del crecimiento económico debe detraerse para el pago de la deuda, sino que la propia economía de muchos de estos países empobrecidos debe bascular sobre las exportaciones más que sobre la creación de los bienes que les son más necesarios. Como la productividad no crece tan rápido como el monto de la deuda, muchos de estos países deben esquilmar su patrimonio natural, lo que directamente provoca empobrecimiento y deterioro de sus recursos hídricos: deforestación, contaminación, etc. y por tanto, escasez de agua y privación. Pero los términos de intercambio ecológicos entre los países desarrollados y los empobrecidos tampoco favorece la lucha contra la pobreza, porque la huella ecológica que cada ciudadano del norte provoca en su entorno resulta unas 5 veces superior a la de los habitantes del sur. Cada ciudadano desarrollado utiliza para su bienestar una parte del patrimonio natural de los países empobrecidos, y esta huella nuestra sobre su territorio deteriora sus recursos hídricos y los consume para la exportación de bienes fuera de sus fronteras. Sólo

la cooperación, y no sólo la ayuda económica, podrá alterar los términos de referencia de este proceso económico internacional que provoca pobreza y escasez de agua.

PLAN DIRECTOR DE COOPERACION 2005-2009

Evidentemente un solo país no puede encarar en solitario este reto. España ha aprobado recientemente un Plan Director de Cooperación 2005-2009 que destaca al sector del agua, abastecimiento y saneamiento, como prioritario, al considerarlo una necesidad básica y un derecho fundamental de las personas sin cuyo concurso el desarrollo se hace imposible. Estamos a la espera de que el Ministerio de Asuntos Exteriores redacte y apruebe una Estrategia de cooperación en el sector de los recursos hídricos, tal y como declara el Plan Director antes aludido. La mencionada estrategia no debería quedar reducida a la ayuda económica, sino como los propios responsables afirman, debería basarse en estrechar vínculos tecnológicos e institucionales, y en resaltar sus elementos transversales con otras estrategias relativas al marco económico, las relaciones de intercambio, la salud y la educación, el medio ambiente, la condonación de la deuda, etc. Si además se logran coordinar los esfuerzos que Europa realiza en cooperación internacional, la masa crítica sí podría ser suficiente para impulsar un cambio en el logro de los objetivos de desarrollo del milenio. En la cumbre de Johannesburgo (2002) la Unión Europea ofreció la Iniciativa Agua con ese fin. Incluso España lidera, junto con Portugal, la componente latinoamericana de dicha Iniciativa Agua. Sería deseable un esfuerzo de coordinación entre los diferentes niveles de cooperación porque de lo que se trata no es tanto de aumentar la ayuda económica, sino de frenar conjuntamente, el norte y el sur, los procesos de empobrecimiento que provocan hambre y privación de agua. 